

El pueblo Desventura

Aquel domingo de febrero, el pueblo amaneció más aburrido que nunca. Parecía verdaderamente estar muerto de aburrimiento, como puede verse un parque de diversiones abandonado y clausurado bajo siete candados.

Las calles estaban decaídas hasta el suelo y de los árboles sólo colgaban grandísimas legañas como maduros pacaes. No se escuchaban voces ni correteaderas de niños, tampoco ladridos de perros ni chillidos de pájaros, apenas unos pasitos fatigosos en las veredas.

Es cierto que hacía mucho tiempo que el pueblo llevaba una existencia de pan frío y que no había persona, animal o cosa que tuviera ganas de mover un dedo para cambiar la situación.

Todo empezó cuando LOS GIGANTES ENOJOS llegaron al pueblo y lo encontraron alegre; grandes y chicos en plena diversión. No pudieron con su genio y exclamaron con sus vozarrones:

—¡QUÉ SE HAN CREÍDO, MALDITAS SABANDIJAS!
¡BAILAN Y SE RÍEN EN NUESTRAS PROPIAS NARICES!

Enfurecidos a más no poder, rompieron los tambores y las trompetas de la banda, destrozaron los juguetes de los niños y las niñas, orinaron en las aguas del río y pisotearon los sembríos.

—¡A VER SI ASÍ APRENDEN! —vociferaron entre patalletas— ¡HAY QUE TENER VENENO DE VÍBORA! ¡IRA DE PERRO RABIOSO!



Después subieron por la ladera del monte y buscaron al viejo sabio. Le volaron unos dientes y le arrebataron los cascabeles mágicos, que eran unos grandes sonajeros hechos de calabaza y semillas lustrosas mitad roja y mitad negra. Al viejo le servían de amuleto, porque danzaba con ellos y los hacía repiquetear en la cumbre para espantar a los malos espíritus.

A renglón seguido, y botando espuma por la boca, LOS GIGANTES ENOJOS se largaron. Mas se llevaron arrastrando los cascabeles mágicos, que se fueron dando tumbos por los caminos y gimiendo como minúsculas mascotas. Esa misma noche, aprovechando que los sonajeros estaban ausentes, las ánimas desconsoladas del más allá se desparramaron por todos los rincones del pueblo y así fue que se desató la desventura.

Al comienzo, ninguno de los habitantes aguantaba pulgas, grandes y chicos llevaban metidos en el cuerpo un carácter de los mil demonios. En las casas, los hermanos se aporreaban entre ellos por quítame estas pajas y los esposos no se podían ver como si fueran el pecho y la espalda.

Todos andaban de tan mal humor, que hasta los animales del pueblo se llevaban a las patadas como mulas tercas. En donde fuera las personas echaban chispas y querían sacarse los ojos. Pero como es difícil andar enfurecido todo el tiempo, de a pocos el desgano empezó a ganar terreno en los ánimos del pueblo.

—¡Qué ortografía tan horrorosa! —aullaba la maestra, con las venas del cuello a punto de reventar—. ¡Eres un mocoso bruto!

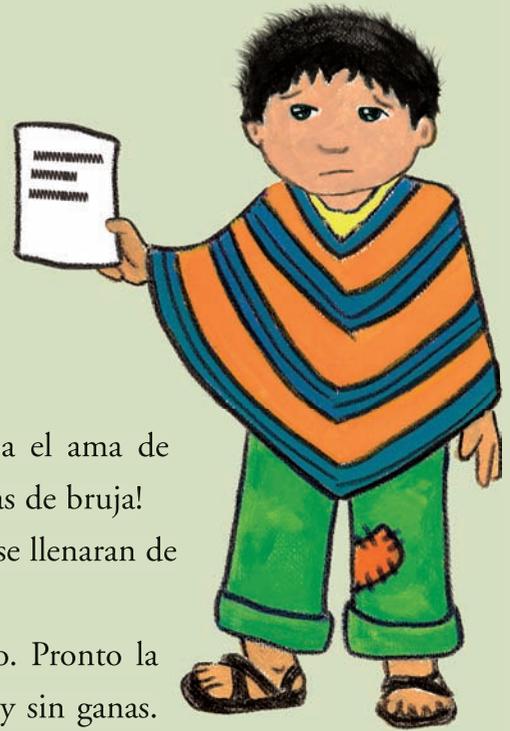
Los niños se deprimían, ya no querían ir a la escuela.

—¿¡No tienes mejores frutas!? —protestaba el ama de casa en el mercado—. ¡Estas uvas parecen verrugas de bruja!

Las caseras fueron dejando que sus puestos se llenaran de moscas y gusanos.

Del mal humor se pasó al entumecimiento. Pronto la gente empezó a hacer sus cosas en cámara lenta y sin ganas. Entonces, en el campo se secaron las cosechas, en las oficinas se amontonaron rumas de papeles y en las calles sólo corrían las hojas secas y el polvo. Los patios de las escuelas parecían museos de cera, con los alumnos quietos y tristes como estatuas.

Cuando antes todo había sido movimiento y algarabía. Ah... aquellos tiempos en que hombres y mujeres tarareaban en el campo, que la gente entraba y salía sonriente de su trabajo y que todos los chicos brincaban sin descanso en la escuela; mientras en las bodegas los gatos perseguían a los ratones y los ratones a las cucarachas. Hasta el aire, que soplaba fuerte al atardecer, silbaba una dichosa melodía... ahora qué distinto: los días resbalaban como un lento chorrillo de baba, pegajoso y feo.



Y aquel domingo de febrero fue el peor de los días.

Lo fue desde antes del amanecer, porque los perros no ladraron a las sombras de la madrugada como era su costumbre. Simplemente hundieron sus hocicos entre las patas y continuaron marmoteando, sin una pizca de hambre y sin levantar siquiera la punta de sus orejas.

Tampoco los gallos cantaron. Cuando abrieron sus ojos, ya el cielo era tan blanco como la clara de huevo y no les provocó soltar un gorjeo ni sacudir sus plumas dormidas. Estaban hartos de hacer de despertadores en un vecindario que parecía estar siempre sonámbulo.

Por primera vez en la historia del pueblo, no salió el pan calentito del horno ni abrieron los puestos de frutas y verduras. Porque aquella mañana los panaderos y sus esposas, que eran las caseras del mercado, se quedaron pegados a sus sábanas creyendo que no terminaba la madrugada.

Todo estaba marchito y triste. Los periódicos de la mañana salieron pasado el mediodía y con noticias anticuadas. Las campanas de la iglesia se habían puesto mazacotudas y no sonaron. Y en las ventanas de las casas las flores perdieron sus colores, cansadas de que nadie admirara su belleza.

En las primeras horas de la tarde, las nubes dejaron caer unos goterones que martillaron penosamente sobre los árboles, los techos de las casas y los sombreros de la gente que deambulaba a esa hora. Pero eran tan torpes los goterones, que hasta la lluvia estaba desanimada en ese pueblo.

—Qué lluviecita tan boba —dijo alguien.

Y los demás lo miraron con una seriedad inexpresiva. Algunos bostezaron. Es que ya casi nadie sonreía ni se detenía a conversar en las calles. Menos aún aquel domingo que el pueblo parecía un velorio y que todos en el fondo sabían que era obra de LOS GIGANTES ENOJOS, pero nadie se atrevía a mencionar ese nombre porque les tenían un indisimulado temor; mejor dicho, un verdadero terror.

Porque esos mastodontes eran terriblemente poderosos y asquerosamente cascarrabias. Ellos vivían demasiado lejos y tenían fama de triturar piedras con las muelas y escupirlas como pepas de sandía sobre sus enemigos. ¡Un espanto! Por eso nadie pensaba en ir a buscarlos para recuperar los cascabeles mágicos, salvo el viejo del monte que lo deseaba con el corazón ardiente.